



Mujer  
soltera  
busca  
pianista



KAT FRENCH

Editado por Harlequin Ibérica.  
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.  
Núñez de Balboa, 56  
28001 Madrid

© 2015 Kat French

© 2016 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Título español: Mujer soltera busca pianista, 201 - enero 2016

Título original: The Piano Man Project

Publicado originalmente por HarperCollins Publishers Limited, UK

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.

Esta edición ha sido publicada con autorización de HarperCollins Publishers Limited, UK.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con persona, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® TOP NOVEL es marca registrada por Harlequin Enterprises Limited.

HarperCollins Ibérica es marca registrada por HarperCollins.

® y TM son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas

Mujer soltera busca pianista (Top Novel)Kat  
(Spanish Edition) French

con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Traductor: Carlos Ramos Malave

Imagen de cubierta: Dreamstime.com

I.S.B.N.: 978-84-687-7832-7

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

## Índice

- [Portadilla](#)
- [Créditos](#)
- [Índice](#)
- [Dedicatoria](#)
- [Capítulo 1](#)
- [Capítulo 2](#)
- [Capítulo 3](#)
- [Capítulo 4](#)
- [Capítulo 5](#)
- [Capítulo 6](#)
- [Capítulo 7](#)
- [Capítulo 8](#)
- [Capítulo 9](#)
- [Capítulo 10](#)
- [Capítulo 11](#)
- [Capítulo 12](#)
- [Capítulo 13](#)
- [Capítulo 14](#)
- [Capítulo 15](#)
- [Capítulo 16](#)
- [Capítulo 17](#)
- [Capítulo 18](#)
- [Capítulo 19](#)
- [Capítulo 20](#)
- [Capítulo 21](#)
- [Capítulo 22](#)
- [Capítulo 23](#)
- [Capítulo 24](#)
- [Capítulo 25](#)
- [Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Agradecimientos](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

## Dedicatoria

Para James, con todo mi amor. Ser un gruñón es lo más sexy ahora, ¿verdad? Tienes que ponerte con eso de la cocina... Un beso.

## Capítulo 1

—¿No te parece que es un poco triste comprarte un vibrador nuevo por San Valentín? —Honey agarró el estridente modelo rosa y lo miró con asco.

—¿Por qué? —Tash se rio—. El último fue el mejor novio que he tenido nunca. Cuando se me estropeó, lo enterré en el jardín de atrás y planté encima un cactus fálico a modo de tributo.

—¿Cómo diablos lo rompiste, por cierto? —Honey frunció el ceño mientras contemplaba el trozo de plástico rosa que tenía en la mano. Parecía indestructible.

—Exceso de uso, probablemente —intervino Nell, situada a su otro lado. Con sus enormes ojos marrones y su elegante moño, era la viva imagen de la ordenada perfección.

—No todas nos pasamos la vida horneando galletas, Nellie —respondió Tash.

Nell resopló.

—No te oigo quejarte cuando esas galletas acaban en tu cocina.

—Cierto —Tash se rio—. Pues no esperes encontrar un nuevo cortapastas aquí. Aunque tal vez deberías. Pagaría mucho dinero por ver a tu suegra mojando en el té galletas con forma de pene.

Nell le dirigió una sonrisa sarcástica, aunque en el fondo le afectaba la broma inocente de Tash. ¿Su vida se reducía a preparar galletas? Contempló los extraños objetos que poblaban las estanterías y pensó que era probable. Frunció el ceño, concentrada. Había leído suficientes libros y revistas para saber que un matrimonio rancio estaba a un paso del desastre.

Tanto en la vida como en el aspecto físico, Nell y Tash eran polos opuestos, y Honey sabía que su lugar en el mundo estaba entre ellas. Si fueran un semáforo, Tash sería el verde; con sus ojos color esmeralda y esas sonrisas que hacían que los hombres cayeran rendidos a sus pies. Nell sería el rojo; stop, no cruzar, clara y directa. Para Honey el ámbar. Cálida, sin estar nunca segura, a la que había que aproximarse con cuidado. O mejor no aproximarse en absoluto, a juzgar por la ausencia absoluta de hombres decentes en su vida.

—Se oxidó —Tash escudriñó las estanterías con mirada de experta mientras sus caóticos mechones pelirrojos se agitaban sobre sus hombros—. No preguntes. Oh, gracias a Dios, uno resistente al agua —agarró un vibrador brillante color turquesa y le dio un beso a la caja—. Hola, guapo. Te necesito en mi vida —lo dejó caer en su cesta con una sonrisa.

—¿Qué me dices de ti, Honey, bonita? ¿Algo para el fin de semana? —Tash señaló el ejército de vibradores alineados en la estantería como un pelotón de soldados dispuestos a entrar en acción.

—No es mi estilo —respondió Honey mientras dejaba el vibrador rosa de nuevo en su lugar.

—No tienes por qué ser tan estirada —dijo Tash—. Quiero decir que hace ya bastante desde la última vez que...

—No hace tanto, gracias —respondió Honey. Hacía más de doce meses que había roto con su último novio; aunque Mark nunca había estado realmente cualificado para el título. Honey parecía tener un don para atraer a los hombres equivocados, hombres a los que les interesaba más el fútbol y la cerveza que el romanticismo y las flores. O los orgasmos, más allá de los suyos propios.

Su único novio duradero e importante había sido Sean, un estudiante de Biología que había tratado su cuerpo como si fuera una extensión de sus libros de texto, algo que estudiar en busca de la causa y el efecto. No era de extrañar que su cuerpo se hubiera negado a funcionar bajo tan intenso escrutinio. Había acabado por darle la patada cuan-



do sacó una lupa del cajón de su mesilla antes de desabrocharle los vaqueros.

—¿Honey? —dijo Nell, y Honey se dio cuenta de que tanto Tash como ella estaban mirándola y esperando una respuesta.

—No lo sé. Un año o así, quizá —se encogió de hombros y desvió la mirada de las cejas arqueadas de su amiga.

—¡Joder! ¿Un año entero sin sexo? —Tash echó un segundo vibrador en su cesta—. Te compro este. Es un regalo. Tú lo necesitas más que yo.

—Ja-ja —Honey volvió a sacarlo de la cesta—. Gracias, pero no malgastes tu dinero. A mí no me funcionan.

—Le funcionan a todo el mundo, Honey.

—A mí no.

—¿Lo has probado alguna vez? —preguntó Tash.

—No me hace falta, ¿de acuerdo? —Honey se dio la vuelta, incómoda por el giro que había dado la conversación—. Es solo que no... bueno, ya sabéis.

Tash y Nell la agarraron cada una de un hombro y le dieron la vuelta para que las mirara.

—¿Que no qué? —preguntó Nell con el ceño fruncido—. ¿No llegas al orgasmo? —susurró.

—No me mires como si fuera una delincuente —murmuró Honey. Un sex shop no era el lugar para hablar de eso. Se sentía como una atea en la catedral de St. Paul—. No soy una mojígata, me gusta el sexo. Pero nunca llego al orgasmo. Tampoco es para tanto.

Tash se quedó mirándola como si le hubiese salido una segunda cabeza.

—¿Que no es para tanto? ¡Claro que lo es! Yo me moriría si no me corriese al menos una vez al día.

—¿Incluso cuando no sales con nadie? —preguntó Nell. Su alianza de bodas brillaba mientras jugueteaba con los botones de su blusa de seda de lunares, recién salida de las páginas de «profesoras glamurosas a las que todos los padres desean» del catálogo de Boden.

Tash acarició con los dedos el paquete de su cesta.

—Os presento a mi nuevo novio.

Honey apartó la mirada. A su alrededor colgaban corazones rojos y brillantes que daban a la tienda el aspecto de una gruta del amor, aunque los maniqués ataviados con bragas con abertura y sujetadores con los pezones al aire hacían que pareciera más una cueva del sexo que un entorno romántico.

—¿Qué son todas estas cosas? —murmuró Nell con los ojos muy abiertos al atravesar una pesada cortina de terciopelo. Agarró una cuerda con cuentas ensartadas y se la enrolló en la muñeca—. No sabía que también vendieran joyas —giró el brazo para contemplarlas—. Me irían perfectas con mi nuevo vestido morado.

Tash se rio.

—Sí. Es muy considerado por su parte que fabriquen bolas anales multiusos.

Nell se las quitó de golpe y las mejillas se le pusieron del mismo color violeta que las bolas que acababa de soltar.

—Eso es asqueroso.

—No lo descartes hasta que no lo hayas probado, amiga —dijo Tash arqueando una ceja.

Nell se sentó y cruzó los tobillos; era la viva imagen de una recatada maestra de escuela.

—Creo que os esperaré aquí.

—De acuerdo. Pero que sepas que estás sentada en un sillón del sexo —respondió Tash.

—¡Dios! —Nell se puso en pie de un brinco y se alisó con las manos la falda de tubo azul marino—. ¿Es que no hay nada normal en este sitio?

—Esto es normal, Nell. Probablemente a Simon le encantaría verte con unas bragas con abertura.

—Desde luego que no. Me diría que las devolviera porque les faltaba una parte.

Tash sacudió la cabeza y resopló.

—Pues sí, seguramente sí.

Honey se quitó de las muñecas las esposas que había estado examinando y sonrió. Simon y Nell eran la pareja perfecta. Novios desde pequeños. Probablemente a Simon le

diese un ataque al corazón si Nell se pusiera algo más provocador que las clásicas bragas blancas de algodón.

—Venga, Nell, vamos a sacarte de aquí. Tash, te veremos dentro de cinco minutos en el sitio de al lado.

—Bueno, Honey, sobre lo de los orgasmos —dijo Tash al sentarse a la mesa en el abarrotado bar diez minutos más tarde. Honey suspiró.

—Dios, Tash, no empieces. No me hace falta hablar de esto.

—De acuerdo, de acuerdo, tienes razón —intervino Nell—. Pero... cuando has dicho que no llegas al orgasmo, no querías decir que nunca has... ¿verdad?

Honey alcanzó su copa de vino con resignación.

—En realidad no me importa.

—Pues debería. Es malo para tu salud, cuanto menos.

—No, Tash. Sería malo para tu salud. Yo no echo de menos algo que nunca he tenido.

—¿Estás cien por cien segura de que nunca has tenido uno? —preguntó Nell.

—Dios, Nell. Si alguna vez ha tenido uno y no se ha dado cuenta, entonces sí que le pasa algo.

Honey se aclaró la garganta.

—Eh, sigo aquí, ¿os acordáis?

—Es que, para ser sincera, no entiendo cómo puedes no tenerlo cuando estás en el momento álgido de la pasión —dijo Tash, que parecía verdaderamente perpleja—. Debes de haberte acostado con los hombres equivocados, Honey.

—No es culpa de nadie —dijo Honey encogiéndose de hombros.

—¿Crees que te preocupas demasiado por ello y entonces te resulta imposible relajarte lo suficiente para que suceda? —preguntó Nell con el ceño fruncido.

Honey negó con la cabeza.

—Por favor... dejadlo ya. No me preocupa y estoy relajada. No espero que ocurra y no ocurre, así que pasemos a otro tema, ¿de acuerdo?

—No puedo creerme que seamos amigas desde hace diez años y nunca lo hayas mencionado.

—Porque realmente no es para tanto.

Nell y Tash alcanzaron sus copas con algo muy parecido a una cara de pena.

Tash entornó los párpados.

—¿Cuándo fue la última vez que flirteaste con un hombre?

Honey hizo girar sus pulseras, un conjunto de metales dorados y coloridos. Los hombres con los que merecía la pena flirtear escaseaban en su día a día. Contempló brevemente la idea de flirtear con Eric el Baboso, que se pasaba de vez en cuando por la tienda benéfica que regentaba, pero la idea le produjo náuseas. Ya intentaba agarrarle el culo casi todos los días sin que ella hiciera nada. Si encima lo alentaba, la invitaría a ver sus viejos calzoncillos mientras veían un episodio de *Cazatesoros* en su vivienda especial para incapacitados.

—No te acuerdas, ¿verdad?

Honey negó con la cabeza y suspiró.

—Es que no conozco hombres con los que poder flirtear. Me paso el día atendiendo a ancianos y las pocas veces que conozco a alguien atractivo siempre acaba siendo un imbécil.

—Es que has estado con los hombres equivocados —dijo Nell.

Honey no podía quitarle la razón. Los pocos hombres con los que se había acostado no ganarían ningún premio a la mejor técnica, pero en el fondo sabía que era más que eso. Simplemente había nacido sin el gen del orgasmo. Era un hecho.

—Vamos a elegirte a alguien —dijo Tash.

—¡Ni hablar! —Honey se imaginaba el tipo de hombres que le propondrían sus amigas; playboys de la jet set con bronceados artificiales por un lado, profesores en prácticas con sandalias por el otro.

—¿Sabes lo que necesitas? —preguntó Tash apuntándola con su copa—. Un rasgo específico. Algo que separe a los

hombres de los niños.

—No te sigo.

—Bueno, mírame a mí. Mi rasgo específico es el dinero. Sin dinero no hay nada que hacer.

—Eres muy superficial —dijo Nell riéndose.

Tash se encogió de hombros.

—Prefiero decir realista.

—Bueno, a mí no me van los ricos.

—No, pero tiene que haber algo —insistió Tash.

—Un buen padre. Ese era mi rasgo específico —dijo Nell con una sonrisa distante, pensando sin duda en Simon y en su hija de un año. Ella nunca había conocido a su padre, así que Simon era su amante, su amigo y su héroe en una sola persona.

Michael Bublé cantaba algo sentimental por el altavoz situado detrás de la oreja de Honey.

—¿Crees que puedes organizarme una cita con Michael Bublé?

—Eso es mucho pedir, amiga —Tash se irguió en su silla—. Pero... eso me acaba de dar una idea de cuál es tu rasgo específico —se detuvo y le brillaron los ojos—. Necesitas un pianista.

Nell se rio.

—¿Dónde diablos va a encontrar un pianista por aquí?

—Oye, si puedes encontrarme a un Bublé o a un Robert Downey Jr, me apunto —dijo Honey.

—Piénsalo. Todas esas horas practicando escalas harán que tenga unas manos talentosas —Tash se entusiasmó con el tema—. Y solo los hombres listos y sensibles se molestarían en aprender a tocar el piano —parecía demasiado segura como para que alguien cuestionara su lógica.

—Tash tiene razón, Hon —intervino Nell—. Necesitas un pianista.

—Pues no conozco a ninguno.

—Todavía —contestó Tash guiñando un ojo—. Pero lo harás.

—¿Cómo? —Honey alcanzó la botella de vino.

—Ni idea —dijo Tash acercándole su copa.

Nell sonrió.

—Tenemos que buscar en páginas de citas.

—¡Ni hablar! —a Honey le entró el pánico y derramó el vino sobre la mesa—. No pienso registrarme en una web de citas.

Tash y Nell se miraron.

—Claro que no —dijo Nell. Tash tosió.

Honey entornó los párpados.

—¿Tenéis los dedos cruzados en la espalda?

Nell negó con la cabeza y descruzó los dedos.

—No se me ocurre ningún otro pianista famoso, y mucho menos tipos normales —dijo Honey frunciendo el ceño.

—¿Elton John? —sugirió Tash.

—Es gay. Y está casado. No quiero hombres casados. Ni gays.

—¿Liberace?

—Genial. También gay y además está muerto.

—De acuerdo —dijo Nell—. Así que busquemos pianistas vivos y heteros a los que les gusten las rubias bohemias.

—Y guapo —dijo Honey—. Tiene que ser guapo.

—Bueno, a mí me parece perfecto —intervino Tash—. De un solo plumazo has logrado eliminar al noventa y nueve por ciento de la población masculina, dejando solo un pequeño estanque en el que echar la caña y obtener la captura del día.

Honey se rio y negó con la cabeza para borrar de su mente la imagen de sí misma con botas de pescador sacando del agua a un reticente Michael Bublé.

—Un pianista con pinta de pescado. El sueño de cualquier chica.

Hal oyó las risas de mujer y las puertas que se cerraban de golpe en el recibidor bien pasada la medianoche y se tapó la cabeza con aquella almohada dura con la que no estaba familiarizado.

Genial. Su nueva vecina tenía una risa estridente y no respetaba al resto de habitantes del edificio. Si hubiera estado

de buen humor, tal vez hubiera reparado en el hecho de que ella no tenía ni idea de que se había mudado esa misma tarde, pero su risa le molestaba demasiado como para ser razonable. La risa le molestaba. Igual que la gente. La gente que se reía era particularmente insufrible. Llevaba allí menos de un día, pero ya odiaba aquel edificio.